

LO DEMAS ES POESIA

POESIA JOVEN

Tú bajas la penumbra con mi último latido
escurrido tú solo en mi sien anhelante
en el canto virginal y en el pájaro errante
el haz inventado entre los labios confundido.

Tú extiendes la mano y es camino escocido
el secreto lírico de la sombra. La amante
brisa de tu divina estatua es el instante
que espera mi corazón intacto y extendido.

Baja al patio de las magnolias y el vibrante
cristal que en versos te conserve y en derretido
sueño de rosas eternas te guarde dentro.

Vaga por el temblor del pájaro que tajante
ignora la espuela rota ya de amor nacido
y posa en tu ventana mi beso y su epicentro.

EL MIRLO

Setián tenía un mirlo que llovía metáforas por su boca
 tenía un trono a la derecha de cada estrella norteña
 y una perla de nata en los cráteres ocultos de la luna.

Setián tenía un sepulcro enmohecido y joven enamorado en la escolopendra
 Setián tenía una higuera de fruto infinito sobre sus hombros.

Pero Setián cambió su mirlo por treinta halazos de sangre inexistente
 Setián tenía un perro de paja y una gallina cuadrículada,
 tenía una viga de cemento atravesada por mil espigas de hambre
 e invisibles huecos para la sabiduría.

Setián tenía un corazón que desafinaba su cantar por una vena
 jay, Setián! Está clamando sus inocentes, el mirlo está enjaulado.

El muchacho me miraba.
 No sabía que las últimas golondrinas vinieron con las espaldas negras.

Pensaba que se habían derretido las gotas de rocío.
 Pero no. Allí estaban.

El dolor trepidante las devolvía fieles al temblor.

El muchacho me miraba.

La flor era un fuego de arpas divinas y abrasadas nubes de esperanza.

El muchacho me miraba.

La hormiga suspiraba oro donde los muertos pretendían resucitar al culpable.

Volvieron las pupilas a embelesarse.

Pero no. Ya estaba angélica la piedra.

El muchacho me miraba

y su rostro me aprehendía lentamente la inocencia marchita.

Era una lágrima dibujada en un espectro de sangre
 lo que rompió la ignorancia sobre la tierra.

El muchacho me miraba.

Dos cejas como dos lechos de plumas palpitantes.

El muchacho me miraba.

Sus ojos derretían a la luna extasiada de recién nacida.

El muchacho me miraba.

Olvidaba en mi palidez los espacios del olvido.

El muchacho me miraba.

Mi corazón palmeaba al viento y lo mataba.

El muchacho me miraba.

Desde su áurea extrañeza, amor ya herido,

el muchacho me miraba.

Carmen Gallego Aranda,
 20 años, Madrid

A UN ARCO DE PIEDRA

Negras son sus raíces,
 en la tierra silenciosa,
 verde y gris atravesada,
 vetusta espina y hermosa,
 de la historia arrebatada.
 Arco romano de piedra,
 tu sillar es una rosa,
 florecida y olvidada,
 dentro de ti hay una diosa,
 envejecida y dorada.
 Tú me dirás, bajo tu sombra,
 donde la alondra,
 se posa,
 a cantarte en la alborada,
 donde su luz caprichosa,
 te desnuda, avergonzada,
 y muestra, romana hermosa,
 tu piel rugosa y labrada.

Madrid, 1988